

ÍNDICE

TEMA 1. LOS PAISAJES DE ESPAÑA	13
Eduardo Martínez de Pisón. <i>Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid</i>	
1. Los rasgos físicos principales	13
2. Las modulaciones de los paisajes naturales	17
3. Las modulaciones humanas	21
TEMA 2. LA IMAGEN LITERARIA DEL PAISAJE DE ESPAÑA	27
Nicolás Ortega Cantero	
1. El horizonte romántico	29
2. El panorama de fin de siglo	35
3. Entre la renovación y el olvido	46
TEMA 3. ASPECTOS CONCEPTUALES Y METODOLÓGICOS	49
1. Presentación	49
2. Las caracterizaciones de paisajes. Algunas experiencias en Europa	50
3. Puntos de convergencia en torno a un concepto de paisaje útil para una caracterización y tipología de paisajes de España	52
4. La identificación de los paisajes españoles y su expresión cartográfica	53
5. Una taxonomía de los paisajes de España	54
5.1. Los paisajes	54
5.2. Los tipos de paisaje	55
5.3. Las asociaciones de tipos de paisaje	56
6. Nombrar los paisajes: la nomenclatura de los paisajes de España	56
7. Unas notas finales sobre el método de trabajo: las fuentes, el trabajo de campo y el archivo fotográfico de los paisajes españoles a comienzos del siglo XXI	58
TEMA 4. ASOCIACIONES DE TIPOS DE PAISAJES Y TIPOS DE PAISAJES DE LA ESPAÑA PENINSULAR	61
Introducción	61
1. Macizos montañosos septentrionales	63
1.1. Macizos montañosos galaico-asturiano-leoneses	63
1.2. Macizos montañosos cantábricos	66
1.3. Macizos montañosos pirenaicos	68
1.4. Macizos montañosos catalanes mediterráneos	70
2. Macizos montañosos del interior ibérico	71
2.1. Macizos montañosos y sierras altas del Sistema Central	72
2.2. Macizos montañosos ibéricos	74
3. Macizos montañosos de las cordilleras béticas	75
3.1. Macizos montañosos béticos	76
3.2. Macizos montañosos y sierras altas subbéticos-prebéticos	77

4. Sierras y montañas atlánticas y subatlánticas	79
4.1. Sierras gallegas y de la divisoria astur-leonesa	80
4.2. Tierras altas, montes y sierras galaico-zamorano-leonesas	82
4.3. Sierras y parameras orientales de la cordillera Cantábrica y de los montes vascos y navarros	83
5. Sierras pirenaicas	85
5.1. Sierras pirenaicas	85
5.2. Sierras y valles pirenaicos	90
6. Sierras y montañas mediterráneas y continentales	92
6.1. Sierras prelitorales catalanas y castellanenses	92
6.2. Sierras ibéricas	96
6.3. Sierras del Sistema Central	103
6.4. Sierras de los Montes de Toledo y de las Villuercas	104
6.5. Sierras cuarcíticas de la penillanura extremeña	105
6.6. Sierras litorales catalano-valencianas	106
6.7. Sierras litorales y sublitorales béticas	109
6.8. Sierras mediterráneas con vulcanismo	111
7. Sierras, cerros y valles andaluces, levantinos y extremeños	112
7.1. Sierras béticas	113
7.2. Sierras cuarcíticas y valles extremeños	117
7.3. Sierras y valles béticos	117
7.4. Sierras y valles de Sierra Morena	119
8. Montes y valles atlánticos y subatlánticos	120
8.1. Montes gallegos	120
8.2. Cuestas y <i>chaos</i> de los valles del Miño y del Ulla	122
8.3. Sierras litorales y prelitorales cantabro-atlánticas	123
8.4. Sierras y valles de la cordillera Cantábrica	125
8.5. Montes y valles vascos, del Condado de Treviño y del Pirineo Navarro	126
9. Cerros, lomas y llanos del norte de Sierra Morena y del borde subbético	126
9.1. Cerros y llanos del norte de Sierra Morena	127
9.2. Cerros y lomas del borde subbético	127
9.3. Laderas y valles de la Sierra Morena al Guadalquivir	128
9.4. Vertientes, cerros y lomas del Andévalo	129
10. Cuencas, hoyas y depresiones	129
10.1. Depresiones galaico-zamorano-leonesas	130
10.2. Depresiones vasco-cantábricas	133
10.3. Depresiones y <i>concas</i> catalanas	133
10.4. Cuestas de la depresión central catalana	135
10.5. Depresiones ibéricas del corredor Soria-Burgos	135
10.6. Fosas del Sistema Central y sus bordes	136
10.7. Cuencas murcianas	137
10.8. Hoyas y depresiones bético-alicantinas	138
11. Corredores	139
11.1. Corredores cántabro-pirenaicos	139
11.2. Corredores castellanenses	140
11.3. Corredores y depresiones ibéricos	141
11.4. Corredores y valles intramontañosos castellano-manchegos	142
11.5. Valles y corredores intramontañosos béticos	143
12. Penillanuras y piedemontes	144
12.1. Penillanuras suroccidentales	145
12.2. Penillanuras salmantino-zamoranas y piedemonte de los montes de León	147
12.3. Piedemontes del Sistema Central y de los montes de Toledo	148
13. Campiñas	151
13.1. Campiñas de la meseta norte	152

13.2. Campiñas de la depresión del Ebro	153
13.3. Campiñas de la meseta sur	153
13.4. Campiñas andaluzas	154
14. Vegas y riberas	155
14.1. Vegas del Duero	156
14.2. Vegas y riegos del Ebro	158
14.3. Vegas del Tajo y del Guadiana	160
14.4. Vegas del Segura y regadíos de Hellín y Tobarra	161
14.5. Vegas del Guadalquivir, Genil y Guadalete	162
14.6. Ribera del Ebro entre Alforque y Móra d'Ebre	163
15. Llanos interiores	165
15.1. Llanos castellanos	165
15.2. Llanos y <i>glacis</i> de la depresión del Ebro	167
15.3. Llanos de la meseta meridional y sus bordes	169
15.4. Llanos interiores andaluces	170
16. Llanos litorales peninsulares	171
16.1. Llanos y <i>glacis</i> litorales y prelitorales	171
17. Valles	173
17.1. Valles gallegos	173
17.2. Valles intramontañosos cántabros	174
17.3. Valles intramontañosos asturianos	175
17.4. Valles intramontañosos palentino-leoneses	176
17.5. Valles pirenaicos	177
17.6. Valles intramontañosos riojanos y sorianos	179
17.7. Valles industriales vascos	180
17.8. Valles del norte de Burgos	180
18. Páramos y mesas	181
18.1. Páramos calcáreos castellano-leoneses	182
18.2. Páramos detríticos castellano-leoneses	182
18.3. Mesas aragonesas	183
18.4. Páramos y parameras de la meseta meridional	184
18.5. Páramos detríticos de la meseta meridional	185
19. Muelas y parameras ibéricas	186
19.1. Muelas ibéricas	187
19.2. Parameras ibéricas	188
20. Gargantas, desfiladeros y hoces	189
20.1. Valles encajados gallegos	190
20.2. Desfiladeros cantábricos	191
20.3. Cañones y desfiladeros del Alto Ebro	191
20.4. Gargantas y valles en la frontera portuguesa	192
20.5. Hoces y gargantas ibérico-levantinas	194
21. Rías, marinas y rasas cantábrico-atlánticas	195
21.1. Rías Altas, montes y valles litorales gallegos	196
21.2. Grandes rías gallegas (Rías Bajas)	198
21.3. Rías y bahías cántabro-atlánticas	199
21.4. Marinas, montes y valles del litoral cantábrico	200
21.5. Rasas cantábricas	201
22. Marismas, deltas y arenales mediterráneos y subatlánticos	202
22.1. Deltas mediterráneos y llanos fluviales asociados	202
22.2. Costas dunares de Doñana	203
22.3. Marismas andaluzas	204
23. Islas menores e islotes	206
23.1. Islas e islotes atlánticos	206

23.2. Pequeños archipiélagos, islas e islotes mediterráneos	207
24. Grandes ciudades y sus áreas metropolitanas (Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao, Málaga y Zaragoza)	209
25. Ciudades norteafricanas (Ceuta y Melilla)	210
TEMA 5. ISLAS BALEARES	213
26. Islas Baleares	213
26.1. Llanos y bahías baleáricos	213
26.2. Islas menores e islotes baleáricos	213
26.3. Llanos litorales de Mallorca	214
26.4. Llanos interiores de Mallorca	215
26.5. Llanos de Menorca	215
26.6. Llanos de Las Pitiusas	216
26.7. Bahías de Mallorca	217
26.8. Pequeñas sierras, montes y <i>turons</i> de las Baleares	218
TEMA 6. ISLAS CANARIAS	219
27. Islas Canarias	219
27.1. Cumbres canarias	219
27.2. Rampas, barrancos y valles canarios	219
27.3. Llanos canarios	221
27.4. Llanos y suaves rampas litorales, "islas bajas" con o sin volcanes	221
27.5. Valles de la Gomera	222
27.6. Macizos antiguos de las islas de Tenerife, Fuerteventura y Lanzarote	223
27.7. Grandes escarpes canarios	224
27.8. Llanos interiores canarios	225
27.9. Arenales y jables canarios	225
27.10. Capitales canarias y su periurbano	226
27.11. Islas menores de canarias	227
BIBLIOGRAFÍA	229
LISTADO DE LOS TIPOS DE PAISAJE Y DE LAS UNIDADES DE PAISAJE DE ESPAÑA	231
APÉNDICE 1. CATÁLOGO CARTOGRÁFICO	265
APÉNDICE 2. EJEMPLOS DE PAISAJES	319

Tema 2

LA IMAGEN LITERARIA DEL PAISAJE DE ESPAÑA

Nicolás Ortega Cantero

En el segundo tomo del *Cosmos*, publicado a mediados del siglo w, señaló Alexander von Humboldt el interés que podía tener, desde el punto de vista geográfico, la consideración de las imágenes de la naturaleza y del paisaje ofrecidas por la literatura y por la pintura. Tales imágenes permitían conocer cómo había sido y cómo se había expresado en cada momento el sentimiento de la naturaleza y del paisaje, y permitían al tiempo adentrarse en los modos de relación (con todos sus componentes perceptivos y valorativos) que habían mantenido los hombres con el mundo que tenían alrededor. Esas representaciones literarias y pictóricas ayudan, como advierte Humboldt, a entender de qué manera, en cada momento, se proyectan la naturaleza y el paisaje en las formas de pensar y de imaginar de los seres humanos, y a asomarse a "algunas de esas analogías misteriosas y morales armonías que ligan al hombre con el mundo exterior"¹⁵. Es la conexión del hombre con la naturaleza y el paisaje, con las dimensiones intelectuales, sentimentales y morales que entraña, la que puede aclararse, según Humboldt, a través de las imágenes que del mundo exterior han ido ofreciendo, a lo largo del tiempo, la literatura y la pintura.

Las sugerencias de Humboldt no han sido desatendidas después. Han llegado hasta nuestros días, y los estudios geográficos desarrollados en esa dirección se han movido sobre todo en el terreno de las imágenes literarias. Existe actualmente un cierto acuerdo en reconocer que la literatura ofrece a menudo imágenes del paisaje, y de las relaciones que el hombre mantiene con el paisaje, que tienen un interés geográfico notable. Al hablar del carácter del paisaje y de los nexos que mantienen con él los hombres, los narradores, los poetas o los ensayistas se adentran, de forma más o menos consciente, en

un campo eminentemente geográfico, y no es extraño, por tanto, que los geógrafos, interesados en aclarar las variadas facetas de ese carácter y de esos nexos, procuren escuchar con atención lo que dicen. Se produce así un acercamiento entre la visión literaria y la geográfica, que comparten, aunque con distintas finalidades, el interés por el paisaje y sus significados, y esa proximidad justifica la atención prestada por los geógrafos a las imágenes paisajísticas debidas a los literatos.

La literatura puede ser para el geógrafo, como ha indicado Douglas C. D. Pocock, una fuente y un instrumento para sus investigaciones sobre las regiones, los lugares y los paisajes, sin ignorar las conexiones, a menudo complejas y sutiles, que el hombre establece con el mundo exterior¹⁶. Antonio López Ontiveros, uno de los geógrafos que más se ha adentrado, en España, en el estudio de las imágenes literarias del paisaje, ha advertido que las relaciones entre el ámbito literario y el geográfico son "no sólo posibles sino también fructíferas"¹⁷. El geógrafo ha procurado siempre, desde los comienzos de su tradición moderna, entender el paisaje y entender la relación que el hombre mantiene con él, y la visión que de todo ello proporciona la literatura puede constituir una ayuda notable para lograrlo. Un geógrafo francés, Armand Frémont, llegó a decir que se consideraba incapaz de entender la Normandía contemporánea sin la ayuda de Gustave Flaubert¹⁸.

No son sólo las razones comentadas hasta ahora las que acercan, a propósito del paisaje, el ámbito de la literatura y el de la Geografía. No se trata solamente de que ambas compartan el interés por el paisaje. Hay que tener en cuenta algo más. Desde que comenzó su trayectoria moderna, a principios del siglo XIX, de la mano de Humboldt y Ritter, el conocimien-

¹⁵ Humboldt, Alejandro de: *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* [1845-1862]. Traducción de Bernardo Giner y José de Fuentes, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, Editores, 4 t., 1874-1875, t. II, p. 4. Las consideraciones de Humboldt sobre el interés de las imágenes literarias y pictóricas de la naturaleza y el paisaje se extienden a lo largo de los dos primeros capítulos ("Literatura descriptiva. Del sentimiento de la Naturaleza según la diferencia de las razas y de los tiempos", pp. 7-71, e "Influencia de la pintura de paisaje en el estudio de la Naturaleza. Del arte del dibujo aplicado a la fisonomía de las plantas. Formas variadas de los vegetales en las diferentes latitudes", pp. 72-89.)

¹⁶ Pocock, Douglas C. D.: "Geography and literature", *Progress in Human Geography*, 12 (1), 1988, pp. 87-102. Además de éste, resulta también muy interesante, en relación con lo que se está comentando aquí, otro artículo anterior del mismo autor: "Place and the novelist", *Transactions. Institute of British Geographers*, New Series, 6 (3) 1981, pp. 337-347.

¹⁷ López Ontiveros, Antonio: *La imagen geográfica de Córdoba y su provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1991, p. 14. Además de este estudio, cuyo primer capítulo (pp. 11-18) se refiere a las relaciones entre la Geografía y la literatura, López Ontiveros ha publicado recientemente otros dos, dedicados al conjunto de Andalucía, que son muy ilustrativos de las posibilidades que ofrece la consideración geográfica de las imágenes literarias del paisaje: "Caracterización geográfica de Andalucía según la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX", *Eria*, 54-55, 2001, pp. 7-51, y "Del prerromanticismo al romanticismo: el paisaje de Andalucía", en Nicolás Ortega Cantero (ed.): *Estudios sobre historia del paisaje español*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Fundación Duques de Soria y Libros de La Catarata, 2002, pp. 111-149.

¹⁸ Frémont, Armand: "La Bossue et la perception", *L'Espace Géographique*, X, 3, 1981, pp. 213-214.



19. Edward Hawke Locker, dibujo, y James Duffield Harding, grabado: *Zozaya, en el Bidasoa*. De Edward Hawke Locker: *Views in Spain*, Londres, John Murray, 1824.

to geográfico mostró un hondo aliento cultural: se trataba de explicar y comprender el paisaje, de ejercitar al tiempo la inteligencia y la sensibilidad, de compaginar las ideas y los sentimientos para llegar a entenderlo cabalmente. Para los geógrafos modernos, el paisaje no se limitaba a ser un conjunto de formas visibles, que podían ser intelectualmente explicadas. Era también, a la vez, un conjunto de valores y de significados, más o menos recónditos, que era preciso descubrir y comprender. En la visión geográfica del paisaje, entendido como un organismo, como un ser vivo, se reconcilian así, como ha señalado Jean-Marc Besse, el hecho y el sentido, la naturaleza y el espíritu¹⁹.

Para entender geográficamente el paisaje hay que compaginar la explicación y la comprensión, la vía de conocimiento apoyada en la razón y en el pensamiento y aquella otra que utiliza el sentimiento y la imaginación como herramientas principales. Porque, como dijo Humboldt, "el gran carácter de un paisaje, y de toda escena imponente de la naturaleza, depende de la simultaneidad de ideas y de sentimientos que agitan al observador"²⁰. Ambas vías de conocimiento —una más científica y explicativa, otra más poética y comprensiva— son necesarias para llegar a entender, como quiere hacerlo la Geografía moderna, la verdadera entidad del paisaje, para lograr, al tiempo, explicar sus formas y comprender su sentido. Eso

fue precisamente lo que quiso hacer Humboldt en sus tempranos *Cuadros de la Naturaleza*, la primera obra maestra del paisajismo geográfico moderno, presidida por la intención de aunar la perspectiva intelectual y la imaginativa, o, como dice el propio autor, de "ocupar la imaginación al mismo tiempo que enriquecer el dominio de la inteligencia"²¹.

Ese planteamiento, congruente con el sesgo romántico de la primera Geografía moderna, sitúa la labor del geógrafo (y, en particular, su acercamiento al paisaje) en un terreno eminentemente cultural. Su visión no se reduce a los límites de un formalismo técnico o científico, sino que adquiere el carácter de un verdadero empeño cultural²². El geógrafo moderno procura, como dijo Vincent Berdoulay, prestar atención a la ciencia y al sentido²³. Para entender el paisaje, no sólo analiza y explica sus formas y sus relaciones visibles, también se adentra en la atribución de cualidades, valores y significados, y lo hace incorporando las claves del horizonte cultural en el que se desenvuelve. La Geografía moderna forma parte de la cultura de su tiempo: recibe sus influencias y, a su vez, influye en ella.

Son esas mutuas influencias las que hacen que, en ocasiones, existan significativas proximidades entre las visiones del paisaje respectivamente procedentes de la Geografía y de la literatura. No es ya sólo que coincidan en su interés por el paisaje, sino que, además, comparten los modos de percibirlo y valorarlo. La Geografía manifestó, a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, una notable capacidad de influencia en el panorama cultural de su tiempo, y sus modos de ver el paisaje se proyectaron en otros ámbitos intelectuales y artísticos coetáneos. De ahí que no sea infrecuente encontrar impresiones literarias del paisaje que incorporan, de manera más o menos explícita, las perspectivas del paisajismo geográfico moderno. Del mismo modo que el paisajismo geográfico moderno tiene en cuenta los puntos de vista sugeridos, en ese terreno, por la literatura o la pintura²⁴. Son esas proximidades las que permiten interpretar, por ejemplo, la dimensión geográfica de ciertas imágenes del paisaje ofrecidas por los escritores románticos o por los de la denominada generación del 98.

Conviene tener en cuenta lo anterior a la hora de considerar, como haremos aquí seguidamente, algunas de las imágenes del paisaje español procedentes de la literatura. No son

¹⁹ Besse, Jean-Marc: "Entre modernité et postmodernité: la représentation paysagère de la nature", en Marie-Claire Robic (dir.): *Du milieu à l'environnement. Pratiques et représentations du rapport homme/nature depuis la Renaissance*, París, Economica, 1992, pp. 89-121.

²⁰ Humboldt, Alejandro de: *Cosmos*, op. cit., t. I, p. 7.

²¹ Humboldt, Alejandro de: *Cuadros de la Naturaleza* [1808 y 1849 (3ª ed.)]. Según la edición definitiva, anotada y ampliada por el autor. Traducción de Javier Núñez de Prado. Prólogo de Emiliano M. Aguilera, Barcelona, Ediciones Iberia, 1961, p. 5. Las palabras citadas proceden del prólogo escrito por Humboldt para la tercera y definitiva edición de sus *Cuadros*, fechado en marzo de 1849.

²² Me he referido más detenidamente al carácter cultural de la tradición geográfica moderna en mi libro titulado *Geografía y cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

²³ Berdoulay, Vincent: "La métaphore organiciste. Contribution à l'étude du langage des géographes", *Annales de Géographie*, XCI, 507, 1982, pp. 573-586.

²⁴ Jean-Louis Tissier se ha referido recientemente, por ejemplo, a la presencia de los modelos retóricos acuñados por la literatura de viajes en la obra de Vidal de la Blache. ("Le voyage, filigrane du Tableau de la géographie de la France?", en Marie-Claire Robic (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, París, Comité des travaux historiques et scientifiques, 2000, pp. 19-31.)



20. Edward Hawke Locker, dibujo, y James Duffield Harding, grabado: *Puerto de Balaquer*. De Edward Hawke Locker: *Views in Spain*, Londres, John Murray, 1824.

pocos los escritores que, desde el siglo XIX, se han interesado por el paisaje español. Ha llegado a ser, en ocasiones, uno de los aspectos principales de su dedicación literaria. "Lo que da la medida de un artista —escribió Azorín— es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*..."²⁵ Ese sentimiento y esa emoción se han ido plasmando en un conjunto de imágenes del paisaje español que han contribuido a conformar lo que Eduardo Martínez de Pisón llamó "un literario de España, tan vigoroso y real a su modo —añade— como los que se apilan en las cartotecas"²⁶. Pasemos a ver, sin ánimo alguno de exhaustividad, algunas de las aportaciones que han participado señaladamente en la elaboración de ese mapa literario del paisaje español.

1. EL HORIZONTE ROMÁNTICO

Los escritores románticos protagonizaron la etapa inicial, el primer momento, de la conformación de la imagen literaria moderna del paisaje de España. El romanticismo concedió una gran importancia al paisaje, tanto en términos literarios y artísticos, como desde el punto de vista intelectual y científico. El movimiento romántico introdujo nuevas formas de entender el paisaje, de percibirlo y valorarlo. Abrió así pers-

pectivas inéditas en la visión del paisaje, muy distintas de las precedentes, que conectaban con el horizonte vital y cultural, igualmente renovado, de la modernidad inaugurada por el romanticismo. Se conformaron y desarrollaron nuevos puntos de vista, que fueron descubriendo en el paisaje nuevos valores y nuevas cualidades vitales y culturales, y todo ello trajo también la emergencia de nuevos modos de entender las relaciones del hombre con el mundo exterior. Con el romanticismo comienza el hombre a dialogar con el paisaje, y en ese diálogo se hace patente el entramado de preguntas y respuestas, de certidumbres y de dudas, de anhelos e imaginaciones que marcan el ritmo vital y cultural moderno.

El romanticismo inició la tradición paisajística moderna. Fue el punto de vista romántico el que vertebró la renovada manera de percibir y valorar el paisaje que se desarrolló en la cultura europea (no sólo en términos literarios y pictóricos, sino también en términos naturalistas y geográficos) desde las postrimerías del siglo XVIII. Y ese nuevo punto de vista, de signo romántico, se aplicó también, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, al paisaje español. Así surgió la imagen romántica del paisaje de España, con una vertiente gráfica y pictórica importante, en cuya formación literaria participaron tanto algunos viajeros extranjeros que recorrieron en esos años el país y dejaron plasmadas por escrito sus impresiones, como algunos escritores españoles —no muchos— que se mostraron sensibles a los nuevos vientos paisajísticos de la cultura europea. Los libros de viaje debidos a los primeros desempeñaron en ocasiones —como supo ver, con su habitual perspicacia literaria y paisajística, Azorín— un papel destacado en el "descubrimiento" moderno del paisaje español²⁷.

La corriente de viajeros extranjeros que recorrió España en la primera mitad del siglo XIX fue abundante²⁸. La Guerra de la Independencia contribuyó, en un primer momento, a despertar el interés por lo español. Algunos militares o agentes ingleses y franceses compaginaron entonces la dedicación bélica y el ejercicio de la curiosidad viajera. Junto a las memorias de diversos combatientes, se escribieron algunos libros de viajes en los que asoman los renovados ingredientes del horizonte romántico. Así ocurre, por ejemplo, con las interesantes *Vistas de España* en las que Edward Hawke Locker dio cuenta gráfica y literaria de los recorridos que pudo hacer, en

²⁵ Azorín: *La voluntad* [1902]. Edición, introducción y notas de E. Inman Fox, Madrid, Editorial Castalia, 1968, p. 130.

²⁶ Martínez de Pisón, Eduardo: *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*, Madrid, Caja Madrid, 1998, p. 22.

²⁷ Véanse, por ejemplo, los comentarios que dedica Azorín a algunos escritores y viajeros románticos por España (Mérimée, Gautier, Dumas) en sus *Lecturas españolas*, Madrid, Rafael Caro Raggio: Editor (Obras completas: X), edición aumentada, 1920. En el caso concreto de la Sierra de Guadarrama, Azorín advirtió con claridad el significado fundacional que habían tenido las imágenes del paisaje ofrecidas por algunos viajeros románticos, y su enlace con las visiones posteriores ofrecidas por Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza (Azorín: "Las obras de Giner", *La Lectura*, 1916: tomo 2, pp. 201-206). Me he referido más ampliamente a este último aspecto en "El descubrimiento cultural de la Sierra de Guadarrama", en Eduardo Martínez de Pisón (dir.): *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1998, pp. 81-113.

²⁸ Los repertorios bibliográficos clásicos de R. Foulché-Delbosch (*Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal* [1896], Amsterdam, Meridian Publishing Co., 1969) y Arturo Farinelli (*Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y antiguas divagaciones bibliográficas*, Roma, Reale Academia d'Italia, 4 t., 1942-1979) dan cuenta de los resultados escritos de esa abundante corriente viajera. Otras recopilaciones bibliográficas se han sumado después a las anteriores, como es el caso, para el periodo decimonónico, de la de Carlos García-Romeral Pérez: *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (Siglo XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, Editores, 1999.



21. David Roberts, dibujo, y T. Jeavons, grabado: Toledo. De Thomas Roscoe: *The Tourist in Spain. Biscay and the Castiles*, Londres, Robert Jennings, 1837.

el otoño de 1813, al tiempo que cumplía su misión de entregar a Wellington ciertos mensajes confidenciales²⁹.

No decayó después, concluida la Guerra de la Independencia, el interés por España. Con los años veinte se inicia lo que José Alberich denominó "la Edad de Oro de la literatura viajera de tema español en lengua inglesa"³⁰, que alcanzó sus momentos culminantes, casi mediado el siglo, con los valiosos libros de George Borrow (*La Biblia en España*, 1843) y de Richard Ford (*Manual para viajeros por España y lectores en casa*, 1845). Y es en los decenios de los años treinta y cuarenta cuando llega a España, como indicó Francisco Calvo Serraller, la mayor parte de los grandes viajeros franceses³¹, entre cuyos frutos literarios se cuentan obras tan sobresalientes como las *Cartas de España* (1831-33) de Prosper Mérimée, *Un invierno en Mallorca* (1842), de George Sand, el *Viaje por España* (1845) de Théophile Gautier, *Mis vacaciones en España* (1846), de Edgar Quinet, el *Viaje por España* (1847-48) de Alexandre Dumas, o *Los Pirineos* de Victor Hugo, obra póstuma, de 1890, que recoge las impresiones del viaje realizado por su autor en el verano de 1843.

Al tiempo que plantean numerosas consideraciones sobre los modos de vida, los tipos humanos, las costumbres y las formas de organización social, en ocasiones bastante con-

dicionadas, como ha señalado Alberich, por ciertas ideas y creencias previas³², los viajeros románticos ofrecen también continuas imágenes del paisaje que van encontrando en su recorrido. En este terreno, sus impresiones y sus juicios suelen ser más directos y originales, no están mediatizados por interpretaciones o visiones preconcebidas. A la hora de enfrentarse al paisaje de España, los viajeros románticos no podían apoyarse en estereotipos acuñados con anterioridad. A diferencia de lo que ocurría con los aspectos históricos, sociales o políticos, que contaban con precedentes interpretativos, a menudo literarios, susceptibles de ser utilizados, el paisaje, concebido en términos modernos, era una realidad nueva, con nuevos valores y significados, que demandaba, para ser debidamente entendido, actitudes y perspectivas igualmente nuevas. De ese modo, con esas actitudes y perspectivas de nuevo cuño, los viajeros que anduvieron por España en la primera mitad del siglo XIX iniciaron el descubrimiento moderno de su paisaje.

Esos viajeros incorporaron fielmente las claves y las preferencias de la visión romántica del paisaje³³. En sus relatos, se muestra con claridad la idea de que el paisaje es una entidad unitaria, la resultante de un conjunto de componentes relacionados entre sí, y que para entenderlo se requiere el concurso de la visión analógica y metafórica y el pleno ejercicio de la subjetividad. Y también aparece con nitidez la convicción de que existen nexos y correspondencias entre el hombre y el paisaje, de que entre ambos existen solidaridades profundas. Respecto de lo primero, los viajeros románticos ofrecen múltiples imágenes del paisaje español en las que se señala la presencia simultánea de sus diversos componentes y el resultado conjunto de sus relaciones. Hablando del ámbito montañoso de las proximidades de Irún, en el País Vasco, advierte Gautier lo que sigue:

"El paisaje era encantador, quizá un poco suizo, y de muy variado aspecto. Crestones de montañas, por cuyos intersticios se divisaban otras cadenas más elevadas, se redondeaban a los lados del camino; sus laderas, abigarradas de cultivos diferentes, con bosques de robles verdes, formaban un vigoroso contraste con las cimas lejanas y esfumadas; los pueblecillos con sus tejas rojas se extendían al pie de las montañas entre

²⁹ Locker, Edward Hawke: *Vistas de España* [1824]. Traducción de José Antonio Zabalbeascoa. Presentación, notas y apéndices de María Dolores Cabra Loredo, Madrid, El Museo Universal, 1984. Esta obra se ha vuelto a publicar después, incluyendo además el conjunto, hasta entonces inédito, de los dibujos y las acuarelas originales del autor (véase Locker, Edward Hawke: *Paisajes de España. Entre lo pintoresco y lo sublime*. Edición e introducción de Consol Freixa, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1998).

³⁰ Alberich, José: "En torno a los viajeros ingleses de la época romántica", en *Imagen romántica de España* (Exposición celebrada en el Palacio de Velázquez del Parque del Retiro de Madrid), Madrid, Ministerio de Cultura, t. 1 (Introducción), p. 33.

³¹ Calvo Serraller, Francisco: "Los viajeros románticos franceses y el mito de España", en *Imagen romántica de España*, op. cit., t. 1 (Introducción), pp. 19-27.

³² Alberich, José María: "Actitudes inglesas ante la Andalucía romántica", en Alberto González Troyano y otros: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, 1987, pp. 21-44. También había hablado antes de ello el autor en *Del Tâmesis al Guadalquivir (Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX)*. Selección, traducción, introducción y notas de José Alberich, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1976, pp. 9-56.

³³ Me he referido a las claves de la visión romántica del paisaje (búsqueda de la naturalidad, lenguaje analógico y metafórico, ejercicio de la subjetividad) y a sus preferencias (ámbitos naturales de montaña y de bosque, ciudades singulares y pintorescas) en "El paisaje de España en los viajeros románticos" *Eria*, 22, 1990, pp. 121-137, y "Romanticismo, paisaje y Geografía. Los relatos de viajes por España en la primera mitad del siglo XIX", *Eria*, 49, 1999, pp. 121-128.

macizos de árboles [...]. Torrentes, caprichosos como mujeres, van y vienen formando pequeñas cascadas, se bifurcan, vuelven a unirse, a través de rocas y guijarros, de la manera más divertida, y sirven de pretexto a multitud de puentes de lo más pintoresco del mundo. [...] Macizos de árboles y grupos de encinas realzan felizmente las grandes líneas y los tintes vaporosamente severos de las montañas."³⁴

No menos expresiva de la atención prestada por los viajeros a los componentes del paisaje y sus relaciones, a veces cambiantes, resulta la caracterización que ofrece Borrow del valle leonés de Bembibre:

"Acaso no se encuentre, aun buscándolo por todo el mundo, un lugar cuyas ventajas naturales rivalicen con las de esta llanura o valle de Bembibre, con su barrera de ingentes montañas, con sus copudos castaños, y con los robledales y saucedas que visten las márgenes del río, tributario del Miño. Es verdad que, cuando yo pasé por allí, el lumínar del cielo ardía en todo su esplendor, y las cosas, alumbradas por sus rayos, aparecían brillantes, prósperas y jocundas. No aseguro que aquellos lugares me hubieran producido igual admiración contemplados a otra luz; pero es indiscutible que siendo tantas sus cualidades no pueden por menos de producir en cualquier tiempo hondo deleite; a la belleza apacible de un paisaje inglés júntase allí un no sé qué de grande y de agreste, y tengo para mí que el hombre nacido en aquellos valles, a no ser muy insaciable y turbulento, no querrá abandonarlos jamás."³⁵

Para los viajeros románticos, el paisaje expresa el orden de la naturaleza, el orden resultante del conjunto de nexos y correspondencias, a menudo sutiles, que unen las diferentes partes de la naturaleza, un orden que es preciso captar y desentrañar para llegar a comprender su sentido y sus significados. En el relato de su viaje por los Pirineos, lo advirtió Victor Hugo con bastante claridad: "todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, se relacionan entre sí por multitud de armonías secretas, hilos invisibles de la creación que percibe el contemplador, que hacen del gran todo una red inextricable, viviendo una sola vida, alimentado por una única savia, uno en la diversidad, y que constituyen, por decirlo así, las raíces mismas del ser"³⁶. Además, el viajero romántico es consciente de que esas relaciones y esas armonías no se detienen en el mundo exterior, sino que llegan hasta su propio mundo interior. El paisaje llega a ser así un estado de conciencia: "por la larga contemplación del bello mundo

externo —escribe Ford—, se sorprenden trozos del bello mundo interno"³⁷. La compenetración entre el paisaje y la propia conciencia, entre el mundo exterior y el interior, que expresa uno de los rasgos más característicos del paisajismo moderno, es continua en los viajeros románticos que recorrieron España. Buena muestra de ello son las sensaciones y vivencias que experimenta Gautier cuando atraviesa, por el alto del León, la Sierra de Guadarrama:

"Las montañas se elevaban más y más; apenas habíamos franqueado una se presentaba otra más alta, antes oculta a nuestros ojos; no bastaron las mulas y hubo que recurrir a los bueyes, lo cual nos permitió apearnos del coche y concluir de subir la sierra a pie. Yo estaba embriagado de aquel aire tan vivo y tan puro; me sentía tan ligero, tan alegre, tan lleno de entusiasmo, que daba gritos y saltos como un cabritillo; experimentaba el deseo de tirarme de cabeza en aquellos encantadores precipicios, tan azules, tan vaporosos, tan aterciopelados; hubiera querido hacerme arrollar por todas las cascadas, meter los pies en todos los manantiales, coger una hoja de cada pino, revolcarme en la nieve chispeante, mezclarme con aquella Naturaleza y fundirme como un átomo en aquella inmensidad. Bajo los rayos del Sol, las altas cimas fulgían y chispeaban deslumbradoras como las basquiñas bordadas de lentejuelas de las bailarinas; otras cumbres hallábanse entocadas de nubes y se confundían con el cielo por gradaciones insensibles, pues nada hay que se parezca tanto a una montaña como una nube. Todo eran ondulaciones, escarpaduras, tonos y formas de que no hay arte que pueda dar idea: ni el pincel ni la pluma."³⁸

También incorporan los viajeros románticos la idea de que existen relaciones estrechas y duraderas entre el paisaje y los hombres que lo habitan. Están convencidos de que los grupos humanos y los paisajes son solidarios, de que entre unos y otros se establecen lazos de unión sumamente importantes. La caracterización de los ámbitos castellanos y manchegos expresa al tiempo, según Ford, "la condición física" de esas tierras y "las cualidades morales" de quienes las habitan. "La ausencia general de árboles —añade Ford— expone estas amplias y descubiertas llanuras a la rabia y violencia de los elementos; casas de adobe sumamente pobres, esparcidas aquí y allí en la extensión desolada, dan un lamentable refugio a la población, pobre, orgullosa e ignorante"³⁹. Y Quinet habla también, ante el paisaje de La Mancha, de esas mismas correspondencias:

³⁴ Gautier, Teófilo: *Viaje por España* [1845]. Traducción de Enrique de Mesa, Madrid, Calpe, 2 t., 1920, t. I, pp. 36-37

³⁵ Borrow, J.: *La Biblia en España. O viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península* [1843]. Traducción de Manuel Azaña, Madrid, Jiménez-Fraud, Editor, 3 t., 1920, t. II, p. 103.

³⁶ Hugo, Victor: *Les Pyrénées* [1890]. Présenté par Danièle Lamarque, Paris, Éditions La Découverte, 1984, p. 94.

³⁷ Ford, Ricardo: *Cosas de España (El país de lo imprevisto)* [1846]. Traducción y prólogo de Enrique de Mesa, Madrid, Jiménez-Fraud, Editor, 2 t., 1922, t. II, p. 178.

³⁸ Gautier, Teófilo: *Viaje por España*, op. cit., t. I, pp. 102-103.

³⁹ Ford, Richard: *Manual para viajeros por España y lectores en casa* [1845]. Traducción de Jesús Pardo, revisada por Bernardo Fernández, Madrid, Ediciones Turner, 10 t., 1980-1093, t. 1 (*Observaciones generales*), pp. 199-200.